

Sáhara Occidental: difícil salida de la crisis

Balance

Med. 2006

120

Khadija Mohsen-Finan

Directora de investigación
Institut français des relations inter-
nationales (Ifri), París

Durante 2005 el conflicto del Sáhara entró en su tercera década sin que podamos hablar de victoria o derrota de ninguna de las partes implicadas. El statu quo que duró largos años, y que se parecía bastante a un letargo, permitió sin duda evitar una victoria completa y definitiva por parte de uno de los dos actores oficiales que siguen enfrentándose por la soberanía del antiguo Sáhara español.

Pero durante el año anterior, ciertos acontecimientos de desigual importancia volvieron a cuestionar dicha aparente tranquilidad: por una parte, a partir de mayo de 2005, tuvieron lugar en Laayoun y Smara un gran número de manifestaciones de saharauis que reivindicaban la independencia del Sáhara. Por otra parte, durante el mes de agosto, los esfuerzos diplomáticos americanos permitieron la liberación de los últimos cuatrocientos cuatro prisioneros marroquíes detenidos por el Frente Polisario. Finalmente, tras las sucesivas dimisiones de James Baker y Álvaro de Soto, Kofi Annan nombró a otro enviado especial en el Sáhara en la persona de Peter Van Walsum.

¿Constituyen dichos elementos un nuevo rumbo en la evolución del conflicto en el que volverá a restablecerse el statu quo a falta de una solución mejor?

Manifestaciones en las ciudades saharauis

A partir de mayo de 2005 se multiplicaron las manifestaciones secesionistas

que tuvieron lugar en las dos principales ciudades del Sáhara, y se extendieron hasta el campus de Rabat. La violenta represión de las mismas hizo que la situación se volviera explosiva, sobre todo a finales del mes de octubre, con la muerte de un joven manifestante: Hamdi Lambarki.

En realidad dichas manifestaciones no fueron las primeras. En efecto, durante septiembre de 1999, Laayoun fue testigo de una semana de actos de violencia policial frente a estudiantes saharauis que reivindicaban un aumento de sus becas y una mejora de sus condiciones de transporte. Hay que recordar que la revuelta fue reprimida con violencia por parte de la policía marroquí, entonces a las órdenes de Driss Basri, el ministro de Interior. El acontecimiento, que no tenía precedentes, fue aprovechado por la monarquía. Pero, mientras que en 1999 las reivindicaciones eran de naturaleza social, seis años más tarde adoptaron un carácter fundamentalmente político. Sin tener relación alguna con el Frente Polisario, los manifestantes quemaron banderas marroquíes, lanzaron cócteles molotov y entonaron consignas independentistas.

La respuesta del poder a las demandas sociales formuladas seis años antes fue considerada insuficiente y, si a este hecho se le suma la situación de statu quo, no resulta imposible creer que pudo ser la causa de un endurecimiento de la actitud de ciertos saharauis frente a Rabat.

Sin embargo, ¿debe verse en dichas reivindicaciones una verdadera voluntad de obtener la independencia de la región? Y, de ser así, ¿podemos preguntarnos por qué las manifestaciones no reunieron a los cabecillas del Frente

Polisario que, evidentemente, deseaban adherir el movimiento a su causa?

En realidad, parece posible otra lectura de los acontecimientos de Laayoun y Smara. De hecho, después de la marcha verde, Hassan II otorgó ciertos privilegios a la primera generación de saharauis que habían acudido en su ayuda para administrar pacíficamente el territorio: nombramientos de «consejeros de Su Majestad», adjudicación de cargos de funcionarios, obtención de licencias para importar productos de Canarias. De este modo constituyeron una elite que contribuyó en gran medida a la integración de los saharauis. Treinta años más tarde estos ciudadanos disponen sin duda de menos recursos para repartir entre sus jóvenes generaciones, que vieron reducidos sus privilegios en relación con sus predecesores. Para ciertos analistas, podría tratarse de una crisis de gestión por parte de la elite saharauí envejecida. Según su punto de vista, las ambiciones y necesidades de los jóvenes saharauis de las ciudades administradas por Rabat podrían compararse en cierto modo a los diplomados en paro de Marruecos, con la diferencia de que los saharauis disponen de una arma mucho más temible para poder negociar con el poder. Al esgrimir el espectro de la independencia, ciertamente ponen el listón demasiado alto como para que se les pueda escuchar. Pero al actuar de este modo se sitúan implícitamente en una relación entre gobernantes y gobernados, actuando en el marco de una entidad nacional. Sin embargo, aunque sus manifestaciones se produjeran al mismo ritmo que las de los diplomados marroquíes en paro, al hacer hincapié en la independencia, quemando a su paso banderas marroquíes y actuando violentamente frente

a los símbolos de la autoridad del poder, los manifestantes interpelaban directamente a la comunidad internacional, dando la impresión de que este territorio, sobre el que Naciones Unidas aún no ha tomado ninguna resolución, no está completamente dominado por Marruecos.

Una autonomía difícil de instaurar

Frente a esta situación de crisis, y sea cual sea la interpretación que de ella pueda hacerse, Rabat se ve con la obligación de aportar una respuesta a un tema que vuelve a remitir directa o indirectamente a un conflicto no resuelto. Al proponer una «amplia autonomía» para el Sáhara Occidental, Marruecos no precisa el contenido de la misma. Dicha reserva podría explicarse por las modificaciones políticas que implica dicha opción, a saber, una nueva arquitectura institucional que requiere una revisión de la Constitución. De hecho, en el caso de adjudicarse una autonomía a dicha región, Marruecos se encontraría con la obligación de conciliar la soberanía formal de un Estado y la autonomía real de una población que necesita afirmar su derecho a la independencia. Porque, en realidad, no se trata de otorgar márgenes de libertad a una región cualquiera de Marruecos, sino a saharauis que han sobrevivido a treinta años de conflicto y que serán capaces, cuando llegue el momento, de negociar ávidamente su soberanía.

Dicha negociación tratará irremediablemente del sentido de dicha autonomía en términos de gestión de los recursos naturales de la región, de mantenimiento del orden, de representación de los saharauis y de relación con el poder central, del mismo modo que en el campo de la educación y la elaboración de los programas escolares. Es como decir que dicha autonomía, comúnmente presentada en Marruecos como una solución ideal, no es fácil de aplicar.

Por otro lado, dicha solución no parece ser aceptada por unanimidad: el partido nacionalista Istiqlal, que tiene el sentimiento de haber sido desposeído de su papel natural de defensor de la in-

tegridad territorial, se opone al principio de autonomía y prefiere pensar en una construcción regional en la que el Sáhara podría integrarse. Otras formaciones, como *Alliance et liberté* piensan que la búsqueda de una solución a la cuestión del Sáhara constituye una oportunidad para instaurar una apertura política en Marruecos. Para las jóvenes generaciones de Laayoun y Smara «el pueblo saharauí tiene el derecho a elegir su destino» (*Le Monde*, 19/20 de febrero de 2006).

El renovado interés americano por la región

Frente a estas dificultades, un gran número de magrebíes desean que el renovado interés de Washington por la región pueda facilitar la regulación de la crisis del Sáhara, cuyas poblaciones están bastante agotadas en general. En efecto, dicho interés americano parece manifestarse en campos tan diversos como la seguridad, el ejército, la economía o incluso la política. Por haber unificado las reformas políticas y la economía liberal, Marruecos es considerado por Estados Unidos como un «alumno» aventajado a quien debe fomentarse el buen gobierno. Por otro lado, Washington podría apoyarse eventualmente en su aliado tradicional en la región, en el marco de la extensión del campo de intervención de la Alianza Atlántica, con la posibilidad de hacer de las Fuerzas Armadas Reales un punto de enlace dentro de una estrategia de estabilización regional.

Por otro lado, varias empresas americanas han invertido en el desarrollo de los recursos petroleros y gasísticos en Argelia y desean una reducción de las tensiones. Pero los americanos prefieren controlar la situación en el Sahel, convertida, desde su punto de vista, en una especie de «refugio» para los terroristas islamistas, a quienes podrían adherirse los saharauis de Tinduf tras la pérdida de un punto de referencia y de motivación. Por todos estos motivos, la resolución del conflicto del Sáhara representa una necesidad, siempre que sea posible encontrar una solución aceptable para las partes implicadas. Estados Unidos, que no tiene ningún vincu-

lo colonial con los países y los pueblos del Magreb, podía obtener resultados satisfactorios allí donde los europeos dieron muestras de bloqueo.

Por consiguiente, se hace evidente para ellos la necesidad de tener en cuenta las aspiraciones de los pueblos del Sáhara y dar muestras de imaginación para concebir planes de salida de la crisis adaptados al contexto y al momento en concreto. Efectivamente, no resulta útil limitarse a las dos soluciones propuestas por los actores: autodeterminación para el Frente Polisario y Argelia, y autonomía para Marruecos.

Al contrario que los países europeos, quienes bajo una apariencia de neutralidad deseaban la victoria de Marruecos y esperaban poder modificar la postura de Argelia, los americanos podrían introducir más pragmatismo en la búsqueda de una solución, abandonando estas opciones extremas y de difícil aplicación, que implicaban necesariamente la legitimación de uno de los actores y la deslegitimación del otro, ya que cada uno de ellos ha asociado su sistema político a este conflicto. Marruecos no ha tenido que dejar de presentar su integridad nacional territorial como un principio sagrado, y la clase política argelina sigue prometiéndolo más que nadie la autodeterminación.

Para salir de este punto muerto sería necesario primero desacralizar aquello que no tiene por qué ser sacralizado, es decir, la integridad territorial para Marruecos y el derecho a la autodeterminación de los pueblos saharauis del Frente Polisario y Argelia, y establecer la prioridad no en la victoria frente al pueblo vecino, sino en la búsqueda real de una solución a un conflicto que involucra tanto a hombres como a mujeres que tarde o temprano se pronunciarán sobre su propio destino, y no necesariamente por medio de las urnas. Actualmente, parece que los americanos están mejor preparados que los europeos a la hora de ayudar a la regulación de dicho conflicto y proponer soluciones intermedias que permitan a los protagonistas desprenderse del sentimiento de encontrarse en el campo de los vencidos. Naturalmente, esto supone que los actores deben estar abiertos a otras posibles salidas de la crisis a parte de la autodeterminación o la autonomía.